

Un Instituto Internacional y Nosotros

por Sebastián Salazar Bondy

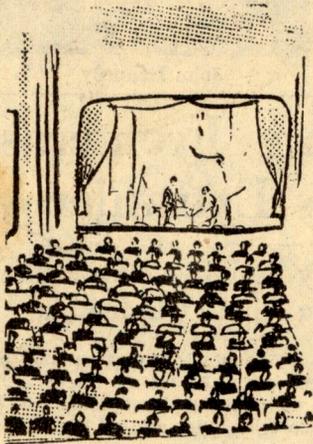
Cuando en plena temporada teatral de París los espectadores de la capital francesa pueden gozar del arte de los actores japoneses, de los artistas dramáticos de Tel Aviv, de los intérpretes trágicos más importantes de Gran Bretaña, del Teatro de Arte de Moscú y de la compañía de Frederic March encarnando la última gran pieza de Broadway, ello se debe a que, desde hace cerca de doce años, existe en el mundo, bajo el patrocinio de la UNESCO, una organización dedicada al fomento de la escena universal. Se trata del Instituto Internacional de Teatro, con sede en Francia, al que se hayan afiliados ya 36 países de los cuatro puntos cardinales del orbe, los cuales aportan a la institución sus esfuerzos en pro del arte teatral y reciben, como recompensa, varios beneficios concretos: becas, asistencia técnica, giras de difusión, imanciación de festivales, etc. Dos revistas de la organización —una semanal y otra trimestral— dan cuenta a los lectores de la actividad general en torno al drama y la comedia en uno y otro extremos de la tierra. "Le theatre dans le monde", la segunda de ellas, lleva amplia información teatral y granca al respecto.

En Santiago de Chile acaba de realizarse el Primer Congreso Latinoamericano de la especialidad auspiciado por el mencionado Instituto Internacional. De los debates ha surgido la necesidad de establecer, en las naciones de nuestro continente en las que falta, el centro correspondiente a través del cual cada país se afilia a la organización mundial, conforme al mecanismo establecido para integrar esta útil confederación. Por supuesto, el Perú, en donde desde hace cerca de quince años se percibe un desarrollo vigoroso y progresivo de la afición escénica, no pertenecía a dicha entidad, por lo cual Jean Darcante, su Secretario General, acaba de estar en Lima para lograr la unificación, por encima de las diferencias, de todos aquellos que, desde cualquier án-

gulo e interés, se dedican al arte dramático. Huelga afirmar cuán importante es que, depoiniendo diferencias de detalle, los hombres de teatro logren entre nosotros esa asociación solidaria que va a redundar en provecho de todos, es decir, de la cultura del país, encarnada en el público que, poco a poco, por medio de la tenaz apelación de quienes, en las peores condiciones, han escuchado la voz de su

es su principal mérito— la penuria económica que proviene de los impuestos estatales, de los costos de producción, de la competencia cinematográfica, de los gastos de publicidad, de todo aquello que, en los países donde las gentes de teatro no se han hecho reconocer su valor público como suscitadores de la educación y la cultura, abruma penosamente el trabajo artístico. El reconocimiento a su tenacidad y su trascendencia social vendrá solamente si actores, autores, escenógrafos, directores, etc. se mancomunan en un bloque macizo y con suficiente fuerza sindical.

Tal vez, cuando nuestro teatro esté —como el chileno, el argentino, el mexicano o el uruguayo— afiliado al Instituto Internacional de Teatro, será posible reclamar de esta institución una ayuda eficaz para continuar en la tarea, para convertirla en una profesión respetable y necesaria, para extender sus efectos a la masa, víctima como es del mal cine, del mal radio, de la mala televisión, con el fin de hacerla tomar conciencia, a través del arte dramático, de su sentido como comunidad madura e histórica.



vocación, esta recuperando el gusto por esa antigua y noble expresión del espíritu.

Darcante ha echado las bases de ese centro local —un Comité Provisional, elegido por una asamblea, ha asumido la responsabilidad de obtener la unidad—, y cabe alentar la esperanza de que él nazca pronto. En tanto, es preciso destacar, como el actor francés lo ha recalcado, que el impulso juvenil de nuestro teatro constituye el germen de lo que puede bien ser, en un futuro próximo, un movimiento sólido y coherente, cuyo fruto máximo sea la creación original de alta calidad. Recordemos que a los conocidos esfuerzos oficiales y particulares —como son la AAA, el Club de Teatro, etc.—, todos los años se añaden agrupaciones que no se constriñen a montar una pieza de vez en cuando, sino que improvisan una salita y buscan empeñosamente la adhesión de los espectadores. Estos conjuntos viven —no lo olvidemos, pues